

SOBRE TRES PALABRAS DE DIFÍCIL INTERPRETACIÓN EN LAS *NOVELAS EJEMPLARES* DE CERVANTES

JOSÉ LUIS ÁLVAREZ MARTÍNEZ
CONSOLACIÓN GALERA RAMÍREZ

Abordamos en esta comunicación el estudio de tres términos utilizados por Cervantes en la última de sus *Novelas Ejemplares*, los cuales presentan, a nuestro juicio, alguna dificultad de interpretación que pretendemos desentrañar.

La primera de las palabras es *chapín*. Al principio de su relato, Berganza comenta que Nicolás el Romo, su primer amo, le enseñó a llevar una espuerta en la boca sin permitir que nadie se la quitara. Una madrugada, el perro, consintió que una joven «hermosa en extremo» le arrebatase la carne que llevaba en el cestillo.

«Llegueme a ella, como si fuera a ver lo que me quería, que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta y ponerme en su lugar un chapín viejo»¹.

Cuando Berganza vuelve a su amo con el chapín en el lugar de la carne, Cervantes nos dice que a Nicolás el Romo «Parecióle que volví pronto, vio el chapín, imaginó la burla, sacó una de cachas y tirome una puñalada que, a no desviarme, nunca tú oyeras este cuento...».

¿Cómo se puede explicar este texto?

¿En qué consiste la broma de la moza que tanto molesta a Nicolás el Romo?

Para desentrañarlo deberemos acudir a los posibles significados ocultos que, para el español del siglo XVII, tenía la palabra *chapín*.

Covarrubias define tal palabra como «calzado de mujer, con suela gruesa de corcho, de cuatro dedos o más de alto, destinado a aumentar aparentemente la estatura»².

El primer diccionario académico también señala como características más importantes que es un calzado propio de mujer, «en lo antiguo era traje ordinario y adorno mujeril para dar más altura al cuerpo y más gala y aire al vestido» (*Dic. Aut.*) por lo que «el asiento es de corcho, de cuatro dedos, o más de alto, en que se asegura al pie con unas corregüelas o cordones» (*Dic. de Aut.*).

¹ Edición de D. Agustín G. Amezúa, Madrid, 1912, pág. 293. Citaré siempre por esta edición.

² COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de Martín de Riquer, Madrid (1943), pág. 493b8.

De aquí se deduce ya que existe un parecido externo entre un chapín, sobre todo si es de badana roja, y un trozo de carne: Este será el punto de arranque en el que se fundamenta el engaño de la daifa sevillana. Pero la solución al problema es un poco más compleja.

Covarrubias nos da, por su parte, otro dato que puede resultar de suma utilidad: relaciona el uso de los chapines con la mujer casada:

«En muchas partes no ponen chapines a una muger hasta el día que se casa y todas las donzellas andan en çapitillas»³.

El chapín, por lo tanto, tenía una doble misión: En primer lugar impedir el contacto de las zapatillas, pantuflas u otro calzado femenino con el suelo, evitando así que se manchara con el barro otras inmundicias que había en las calles españolas. A ello alude también Quevedo en los versos finales del soneto «A las sillas de mano, cuando acompañadas de muchos gentilhombres»:

«Una silla es pobreza de una boda
pues acompañada en oro y en vidrieras,
antes la honra que el chapín enloda»⁴.

En segundo lugar, la de conseguir más altura a las mujeres, lo cual fue motivo para que se satirizara tal costumbre. Así Quevedo, en el Romance titulado «Instrucción y documento para el Noviciado de la corte», dice:

«Altas mujeres verás,
pero son como colmenas:
la mitad huecas y corcho,
y lo demás miel y cera»⁵.

Así este calzado simboliza el engaño de las mujeres que mediante los afeites y la indumentaria pretenden aparentar lo que no son:

«Entre mentiras de corcho
y embelecocos de vestidos
la mujer casi se queda
a las orillas en lío»⁶.

Y Lope de Vega, en el *Triunfo de la humildad y soberbia vencida*:

«Si los chapines le ves,
mira que no hay serafín
con tanto corcho en los pies.
—Fue discreción del primero,
que en los pies corcho les puso:

³ COVARRUBIAS, *Tesoro...*, op. cit., pág. 432a28.

⁴ FRANCISCO DE QUEVEDO, *Poesía original completa*, ed. de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta (1981), pág. 547.

⁵ FRANCISCO DE QUEVEDO.

⁶ *Ibidem*.

símbolo el más verdadero,
pues su edificio compuso
sobre cimientto ligero»⁷.

Los chapines son calzado de mujeres adultas, según señala Julio Monreal: «Los chapines eran también como la señal y marca de que la mujer salía de la infancia, y, calzándolas, parecían decir a los galanes que podía ya escuchar sus conceptuosos requiebros»⁸.

A esto también alude Góngora cuando, en el Romance de «Píramo y Tisbe» dice, refiriéndose a la edad de Tisbe:

«Su edad, ya habéis visto el diente,
entre mozuela y zagala,
pocos años en chapines
con reverendas de damas»⁹.

Desde otro punto de vista, este calzado, no solamente tiene la función de resguardar los pies de las damas de las inmundicias de la calle, sino también de las miradas de los ojos indiscretos de los viandantes.

A veces, algunas mujeres descocadas se aprovechan de que llueve o de que suben a un coche para lucirlos, aunque tal acción no sea demasiado honesta, tal como refleja Lope de Vega, en *La discordia de las casadas*:

«Si hay lodos, fingen limpieza
y el chapín, no digo el pie
como en la tienda se ve,
bajos son, pero es bajeza»¹⁰.

O, a mediados del siglo xv, critica *El Corvacho*:

«A las vezes fazen como por yerno que se alçan la falda para mostrar el chapín o el pie, o algund poco de pierna»¹¹.

Aunque las españolas de nuestro Siglo de Oro no tenían inconveniente en lucir generosamente sus hombros y gran parte de los pechos, sí ocultaban celosamente los pies, tal como refiere el capítulo II de *El día de fiesta por la mañana*, de Juan de Zabaleta:

«Echase sobre el guarda-infante una gollera con unos ríos de oro por guarniciones... (...)

⁷ Lope de Vega: texto citado por M. HERRERO GARCÍA, *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega*, Madrid, Castalia (1977).

⁸ JULIO MONREAL, «Las damas al uso», 226-g.c., texto citado por EDWIN X. MORLEY en su edición de *La Dorotea*, Madrid, Castalia (1968), pág. 395.

⁹ D. LUIS DE GÓNGORA, *Obras completas*, Madrid, Aguilar (1972), pág. 158.

¹⁰ LOPE DE VEGA, *La discordia de las casadas*.

¹¹ ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO, *Corvacho o reprobación del amor mundano*, Madrid, Castalia (1970).

Pónese sobre la gollera una basquiña con tanto ruido que, colgada, pudiera servir de gabelón. Agüécasela mucho, porque haga más pompa, o porque coja mucho aire con que hacer su vanidad mayor. (...) Este jubón, según buena razón, había de rematar en el cuello, mas por el pecho se queda en los pechos y por la espalda en la mitad de las espaldas...»¹².

Y continúa más adelante:

«De los pechos les ven los hombres la parte que basta para no tener quietud en el pecho; de la espalda, la parte que sobra para que de la virtud de espalda.»

Mientras tanto, los bajos de los vestidos arrastran por el suelo:

«Lo que tiene muy cumplido el jubón, quizá porque no es menester, son los faldones y tan cumplidos y tan grandes que, echados hacia la cabeza, pueden servir de mantellinas»¹³.

Esta costumbre convertía los pies de las damas en zonas altamente eróticas y, por lo tanto, el calzado femenino también podría estar fuertemente erotizado.

Quevedo, en el Romance satírico titulado «Dama cortesana lamentándose de su pobreza y diciendo la causa», hace una relación de las zonas eróticas que ocultan las faldas:

«y levantando las faldas
que le han alzado otras veces,
descubrió dos pies pequeños
horros de todo juanete;
piernas de buena persona
y proporcionado vientre,
y entre muslos torneados
el sepulcro del deleite»¹⁴.

Mme. D'Aulnoy, en su *Relation du voyage d'Espagne*, editado por Foulché Del Bocs, *RH* (1926), LXVII, págs. 153-569, comenta, hablando de la indumentaria femenina:

«Estas faldas son tan largas por delante y por los lados, que arrastran siempre mucho, y jamás arrastran por detrás. Las llevan a flor de tierra; pero prefieren tropezar al andar, a fin de que no se pueda ver sus pies, que es la parte del cuerpo que ocultan más cuidadosamente».

Tan fuertemente erotizadas debía estar tal parte del cuerpo femenino que, según ella, había una costumbre erótica que hoy día nos resulta asombrosa:

«He oído decir que, después que una dama ha tenido con un caballero todas las complacencias posibles, enseñándole el pies es como le confiesa su ternura, siendo lo que se llama último favor»¹⁵.

¹² JUAN DE ZABALETA, *El día de fiesta por la mañana*, ed. de Cristóbal Cuevas, Madrid, Castalia (1983), pág. 117.

¹³ *Ibidem*, pág. 118.

¹⁴ QUEVEDO, *Poesía original. Ed. cit.*, pág. 908.

¹⁵ GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar (1962), tres tomos.